

Cuadernos del Sur

Año 14 - N° 27

Octubre de 1998

Tierra
del Fuego

Internacionalismo e internacional(es)*

Denis Berger

Segunda parte** Una herencia a revisitar

La Internacional Socialista, cuyo fracaso político de 1914 parecía anunciar su próximo hundimiento, es la única que se mantuvo con el estatuto de organización de masas. Esta aparente anomalía merece una explicación: la Segunda Internacional, desde que se integró en el sistema político de los principales estados capitalistas, cumplió una función política y social necesaria para la reproducción de las relaciones constitutivas de la sociedad. Su implantación en las capas asalariadas le permitió contribuir activamente a la incorporación de los trabajadores en el funcionamiento de la colectividad política. La naturaleza de las proposiciones políticas que ella formula le confiere un papel clave en la valoración del consenso en cuyo nombre las cosas se mantienen como son. En resumen, los partidos socialistas son uno de los reguladores del orden existente.

No era inútil el recordar estas banalidades ya que ellas tienen el mérito de mostrar que la Internacional Socialista se sitúa en otro lugar en relación a las perspectivas de los fundadores de la Primera Internacional, y también en otra parte en relación a los principios de los que, en 1889, reconstituyeron una federación internacional socialista. Al mismo tiempo, la creación, en 1919, de la Internacional Comunista encuentra toda su legitimidad histórica: en el momento en que la Primera Guerra Mundial trastocó «en sangre y cólera» la relación de millones de hombres y de mujeres en el mundo; en el momento en que la revolución rusa, a pesar de sus límites, abría una brecha en los baluartes del capitalismo, no era

* Publicado en *Utopie Critique*, núm. 7 y 8, París, segundo-tercer trimestre de 1996.

** La primera parte de este artículo fue publicada en el núm. 26 de *Cuadernos del Sur*.

posible seguir tolerando la ineeficacia organizativa y la impericia política de la vieja internacional. Se hacía necesaria una nueva herramienta, un nuevo instrumento adaptado a la acción.¹ Es lo que expresa, en un lenguaje marcado por su creencia en un desarrollo continuo del proceso histórico, el Manifiesto del primer congreso de la Tercera Internacional cuando dice: «Si la Primera Internacional previó el desarrollo que venía y preparó los caminos, si la Segunda Internacional ha unido y organizado millones de proletarios, la Tercera Internacional es la Internacional de la acción de masas, la Internacional de la realización revolucionaria».²

La hora de la crítica

Reconocer la legitimidad de la acción de los bolcheviques no debe significar en absoluto una aprobación total de lo que hizo la Internacional Comunista. Hay que terminar con el espíritu de filiación, que tiende a situar cada acción, cada representación, cada concepto contemporáneo, como el producto necesario y bienvenido de un rumbo en el cual el capital no cesa de expandirse sin que su núcleo inicial cambie. Lejos de ser un encadenamiento sin rupturas, la historia es una continuidad de discontinuidades, de ocasiones teóricas y prácticas frustradas y, como tales, borradas de la historia oficial (sean cuales fueren los oficialismos en vigencia). El deber de todo pensamiento revolucionario es el de ser crítico –lo que significa buscar sistemáticamente en los acontecimientos principales, cuya importancia se destaca, las carencias y los errores de los protagonistas, de los cuales se aprueba la acción general.

Esta tarea se impone particularmente a los comunistas que se interesan en la historia del comunismo. Ninguno entre nosotros puede, en efecto, rehusar el interrogarse sobre las causas de la terrible mutación que ha hecho desembocar a un movimiento de emancipación en una de las más sangrientas dictaduras de la historia y ha transformado a partidos que se proclamaban como de vanguardia, en máquinas burocráticas. Conviene, seguramente, rechazar todas las tentativas dirigidas a hacer de Lenin un simple aspirante a dictador y de los bolcheviques una escuadra de verdugos.³ El estalinismo ha encarnado una contrarrevolución en el interior de la revolución. Marca una ruptura en el proceso abierto por la revolución de Octubre.

Pero sería irresponsable, aún para aquellos que no han cedido nunca delante del estalinismo, el no plantearse algunas preguntas esenciales: ¿cuáles son los errores que se han cometido? ¿Cuáles son las insuficiencias de la teoría que han contribuido a crear las condiciones de la victoria

de las burocracias? ¿Qué virtualidades han sido ignoradas en función de una visión demasiado simple de la revolución? ¿Qué consecuencias ha traído sobre la salud militante de los comunistas? El retroceso nos permite hoy responder a estas preguntas. No podremos construir otro porvenir sino después de haber bebido el pasado y su pasivo.

Un momento en la historia

Para ser eficaz, la crítica no debe quedarse en la etapa de las abstracciones: las relaciones del bolcheviquismo con la democracia y la autoorganización no pueden ser juzgadas fuera del contexto histórico en el cual se situaron. Es frente a una cierta coyuntura, a relaciones de fuerza determinadas que sus actos toman sentido. Lenin, Trosky y sus consortes han violado, sin ninguna duda, numerosas veces las normas, admitidas por ellos mismos en sus escritos anteriores, de la «democracia revolucionaria». Poco nos interesa saber si ellos fueron llevados por esta vía por su temperamento individual.⁴ Nuestro problema es el de determinar qué lógica de los acontecimientos los condujo a estas transgresiones. Y cuáles de sus concepciones estratégicas los volvieron más vulnerables al peso de las circunstancias.

No insistiré sobre lo que militantes e historiadores, cada uno con sus propios conceptos, ya han puesto en evidencia muchas veces: el atraso de Rusia que hacia difícil la institucionalización de una gestión directa de las tareas por el pueblo, las consecuencias de la guerra civil, etc. Estos factores deben ser tenidos en cuenta en la medida en que contribuyen a explicar el extraordinario aislamiento en el que se encuentra el poder bolchevique desde 1918 y, por consecuencia, las aproximaciones de su política que hizo del recurso de la fuerza un modo de supervivencia. Aquí se trata, por el contrario, de estudiar la dimensión internacional de la acción de los comunistas rusos. A ese nivel, otras restricciones actuaron.

La primera, la más importante probablemente, nace del rol del poder estatal en el desarrollo de la revolución rusa como también en la extensión de su influencia en el plano internacional. Con la agudeza de visión que lo caracterizaba, Lenin no dejó de mostrar que la conquista del poder central era el único medio de evitar la contrarrevolución y de permitir un avance hacia el socialismo. El resultado de su victoria sobre los que dudaban, numerosos en su propio partido, fue Octubre. No fue un *putsch*, como es de buen tono decirlo hoy en día,⁵ sino una acción militar dirigida hacia la cumbre del Estado. Por ella, el Estado revestía una potencia simbólica decuplicada. Los azares de las guerras que sufrió a continuación Rusia, transformaron los aparatos del poder central en baluartes exclusivos de la

supervivencia de la revolución. Desde esta época fue que el partido bolchevique comenzó, en la práctica, a confundir las funciones políticas del partido con las funciones de gestión administrativa y de represión.

Esta evolución nefasta estaba contrabalanceada a nivel político por la voluntad claramente afirmada de la dirección bolchevique de encontrar una salida internacional en la revolución alemana principalmente. La fundación de la Internacional Comunista en 1919 vino a concretar esta voluntad. Hasta 1921, por lo menos, la nueva organización gozó de una audiencia de masas que no se limita solamente a los futuros adherentes de los partidos comunistas. Esta influencia se explica fácilmente: la revolución rusa apareció como negación práctica de todo lo que la guerra había significado de infame. Los temas políticos del bolcheviquismo eran poco y mal conocidos. Por el contrario, la sola iniciativa de crear un nuevo poder estaba en sintonía con el sentimiento de rebeldía (contra los autores de la guerra y sus cómplices) que habían generado un conflicto cuya duración excesiva había sembrado en muchas cabezas la duda sobre la legitimidad de los que tenían en sus manos el orden establecido. Las miles de personas que se apretujaban en los mitines de apoyo a la Rusia revolucionaria, y con más razón aquellos que, a instancias de los marinos del Mar Negro, rehusaban «marchar sobre Odessa», no eran comunistas (y todos no se volverían comunistas), pero ellos se sentían en sintonía con el nuevo régimen nacido en el este.

Y la causa de este acuerdo (que a pesar de las apariencias resistirá la prueba del tiempo para renacer plenamente en los años de lucha contra el fascismo) puede ser hallada en la fuerza simbólica que materializa el estado revolucionario, que rápidamente iba a ser denominado «estado obrero». La guerra del 14 al 18, vivida en sus comienzos como uno de los conflictos breves a los cuales la Europa del siglo XIX estaba acostumbrada,⁶ ha mostrado poco a poco su carácter mundial: muchos beligerantes, participación de los Estados Unidos, presencia de tropas «coloniales», etc. Esta nueva dimensión de la política no podía sino acentuar, tanto en los de la «vanguardia» como en los de la «retaguardia», un profundo sentimiento de desapego: conscientes como ya lo eran de que pesaban poco en las decisiones de su estado nacional, ellos descubrían, con sufrimiento y amargura, que su suerte se jugaba aún más alto, allí donde dominan las relaciones de fuerza entre las grandes potencias, a su vez ellas mismas influenciadas por los grandes negocios capitalistas.⁷

Esta dolorosa iniciación en el mundialismo no podía más que incitar a numerosas víctimas de la guerra a recibir favorablemente al nuevo Estado

que, además, se inscribía en una tradición socialista que eventualmente se podría hacer remontar a 1789. Potencia material, potencia militar (como lo atestiguaba el éxito del ejército rojo), la Rusia revolucionaria podía, más allá de las críticas que ella suscitaba, aparecer como el intérprete eficaz de todos los sin voz que habían pagado la guerra con su propio pellejo. Su dimensión estatal la ponía en igualdad de condiciones con otros estados, a los cuales ella podía enfrentar.

En otros términos, la popularidad de la revolución de Octubre se debió mucho a el haberse concretado en un estado, rigurosamente organizado. Pero, por este hecho, la naturaleza de las relaciones entre los fundadores de la Internacional Comunista y aquellos que los seguían más o menos directamente, fue profundamente afectada por este apoyo que daba mayor lugar a las relaciones de organización que a la política. Más que nunca, los bolcheviques fueron atrapados por la trampa de la práctica estatal.

La constitución de la nueva internacional se encontró afectada, en este cuadro restrictivo, por otro desequilibrio: entre los revolucionarios de Europa del este y los nuevos comunistas del oeste existía un profundo desfasaje en el dominio de la formación teórica y también en el nivel de la experiencia militante. Exceptuando a los alemanes —desgraciadamente privados prematuramente de Rosa Luxemburgo— nadie estaba en condiciones de hablar de igual a igual con los bolcheviques. Entonces éstos fueron llevados, queriéndolo o no, a ubicarse en una posición hegemónica. De ello, la Internacional naciente sacó apreciables beneficios políticos; pero ella tendió a transformarse muy rápidamente en un marco en el que se reproducían las relaciones de dominación, heredadas de la vieja sociedad y dotadas de un peso tanto más pesado en la medida que los dirigentes del partido mundial estaban, al mismo tiempo, a la cabeza de un estado en el seno del cual ellos debían enfrentarse a cargas burocráticas que los invadían.⁸

Reducción de la revolución

Subrayémoslo una vez más: las restricciones que impone a los fundadores de la Internacional Comunista su situación política (su relación obligada con el Estado soviético) no se refieren al dominio de la subjetividad; actúan como una fuerza exterior a la cual era necesario adaptarse. Por el contrario, las decisiones estratégicas —y los conceptos latentes que las inspiran— no tienen o no denotan la misma necesidad. No por ello son menos importantes, ya que pueden acentuar o disminuir el peso de las llamadas «condiciones objetivas».

Llegados a este nivel, ya uno no se puede dar por satisfecho recordan-

do la voluntad revolucionaria de los bolcheviques, plenamente dirigida hacia la revolución mundial. Hay que darle la mayor importancia a la cuestión de cómo: cómo veían el proceso revolucionario; cómo traducían esta visión teórica en términos prácticos. El legado de siglos de revueltas, herencia de movimientos políticos contemporáneos, la idea revolucionaria señala un objetivo que adquiere una dimensión real por los medios que él impone.

La idea principal que surge de los textos fundamentales de la Tercera Internacional es la idea de la ineluctabilidad de la revolución. El capitalismo ha entrado, en la era del imperialismo que ha llevado a la guerra mundial en su etapa de agonía. Este análisis no está inspirado solamente por la coyuntura de crisis de los años 1917-1920. Se desprende de una visión fundamental de las contradicciones del modo de producción: es la estructura misma de las relaciones de clases fundamentales la que determina el surgimiento de luchas revolucionarias. Ni Lenin, ni Trotsky, ni siquiera Sinoviev, pensaron que el desarrollo de la revolución se efectuaría bajo la forma de un progreso continuo. Ellos sabían que períodos de retroceso aparecerían obligatoriamente. A partir de 1921 ellos se mostraron capaces de detectar el aquietamiento político y social en Europa.⁹ Pero globalmente, ellos hacían la hipótesis de una curva ascendente de la revolución, la que se impondría con el rigor de una ley de la historia.

El pensamiento político fundamental de los comunistas de la época estaba, desde entonces, tomado entre dos polos: el indispensable tener en cuenta las incertidumbres de la coyuntura y la creencia en un determinismo histórico esencial.¹⁰ En tales condiciones, la fuerza de la esperanza nacida con la ayuda del deseo de revolución, la urgencia de socorrer a la Rusia revolucionaria con victorias exteriores, se hacía apremiante. Y es lógico que se haya impuesto un cierto objetivismo fatalista en la elaboración de la estrategia: los dirigentes del partido mundial de la revolución —y, más aún, los jóvenes adherentes a su causa— han tenido tendencia a concebir un modelo único del proceso revolucionario. A costa, evidentemente, de tomar en consideración lo accidental, en sí mismo fruto de lo subjetivo en toda crisis revolucionaria.

Este modelo ha sido aplicado, en buena lógica, prioritariamente a la Revolución de Octubre. La tríada partido de vanguardia-sociedad-toma del poder por la insurrección ha tomado la dimensión de un esquema director absoluto.

A pesar de los análisis sutiles de muchos responsables bolcheviques sobre la excepcionalidad de la experiencia rusa, la ideología promedio de

la Internacional se estructuró alrededor de una visión abstracta de la revolución.¹¹ Entendemos por ésta el que muchos se contentaban a menudo con repetir las fórmulas que habían permitido el éxito en Rusia, sin buscar demasiado, por ejemplo, cómo podía aparecer la dualidad de poder en sociedades más complejas que el estado zarista. Sin preguntarse mucho tampoco si la parte de iniciativa militar que había permitido la victoria de octubre podría ser tan importante en otros países. De esa manera fue que se llegó, más allá de las teorizaciones, a prácticas revolucionarias: a la «acción de masas» en Alemania y a muchas otras tentativas.¹²

Esos textos han sido objeto de interpretaciones de una rara parcialidad. Conviene por lo tanto iluminar su lógica profunda, que es una lógica de ruptura con las prácticas de la socialdemocracia de antes de 1914. En el espíritu de sus autores, hay que renunciar a desarrollar la organización por ella misma y en lugar de una masa de adherentes pasivos preferir un conjunto de militantes formados y listos a todas las formas de acción. También, la participación en las elecciones debe dejar de ocupar el lugar central, y el acento ponerse sobre todo lo que, desequilibrando el poder del estado, pueda llevar a la movilización revolucionaria de las masas. El antimilitarismo y el anticolonialismo deben ocupar un lugar privilegiado en el trabajo cotidiano de los partidos que, en consecuencia, deben estar listos a permanecer en la ilegalidad.

Releídas setenta y cinco años más tarde, estas tesis y estas resoluciones conservan su validez. La evolución de la sociedad puede volver obsoletas algunas formulaciones. En el fondo, los principios de acción planteados conservan su vigor: la experiencia ha mostrado que la lucha por una transformación global de la sociedad exigía medios adaptados al fin buscado y no podía resumirse en una presencia activa en las instituciones existentes, por más que ellas fueran democráticas.

Sin embargo, toda centralización lleva riesgos de limitación de la democracia. Señalar esto vale particularmente para una organización mundial que ejerce su acción en un nivel donde no existe ninguna tradición seria de cooperación y donde sobre todo predominan las relaciones interestatales, que por definición son burocráticas y que excluyen una intervención directa de las masas. El «partido mundial de la revolución» debió hacer innovaciones. Tuvo un éxito parcial instaurando, entre sus secciones, debates contradictorios de los cuales los congresos mundiales constituyen la culminación. Pero, al mismo tiempo, en la acción cotidiana, se instauró una práctica que en ciertas circunstancias tendía a ser manipuladora: muchas decisiones evidenciaban las iniciativas de los en-

viados especiales del Comintern y el peso de las ayudas financieras acordadas por Moscú, que influían sobre muchas decisiones políticas de los partidos. En resumen, la Internacional Comunista dirigida por Sinoviev era cualitativamente diferente de la máquina de obedecer que se instalaría durante la «bolcheviquización» estaliniana; pero, en una cierta medida, muchas características de funcionamiento de los años heroicos facilitaron la tarea de los burócratas de la URSS.

Las circunstancias evocadas más arriba (en particular, el peso del Estado soviético sobre la política del partido ruso y de la Internacional) pueden explicar, por una parte, los riesgos de centralización abusiva que sufrió la nueva Internacional. Los resultados no son menos evidentes al nivel de la estrategia política. Los jóvenes partidos comunistas fueron invitados a adoptar todas las formas de un bolcheviquismo poco a poco reelaborado y formalizado hasta perder lo esencial de su originalidad y de su riqueza. Esta teoría, que anuncia el futuro «marxismo-leninismo», tuvo consecuencias prácticas: los partidos comunistas se formaron primero que todo en la disciplina, que se presentó como una virtud cardinal, aún si ella se hacia a expensas de su autonomía; el ideal que se les fijaba era el de volverse un instrumento de conquista del poder, siguiendo el modelo del mítico partido bolchevique que se había construído para ellos. Más grave todavía es el hecho de que tales concepciones llevaron a hacer de la «anguardia» un absoluto cuyo triunfo teórico se logra a costa de la idea de autoorganización popular.

Sería un error el ver en tal situación el producto de una táctica conscientemente elaborada en Moscú. Fue una práctica inconsciente, que se fue poniendo en práctica poco a poco, justificada a los ojos de sus promotores por las urgencias de la coyuntura. Ella se extendió en modo latente, en contradicción frecuente con las resoluciones adoptadas por los congresos. Pero esta misma contradicción es reveladora de la realidad de la nueva Internacional. No hay ninguna duda de que la experiencia del «comunismo de guerra» contribuyó a la deformación de los principios revolucionarios de partida. La política del poder bolchevique se caracterizó por un rechazo del pluralismo, una represión implacable contra todos los opositores (incluídos los socialistas). Todo esto llevó a Cronstadt, a la prohibición de fracciones en el partido. ¿Será necesario una vez más hacer referencia a la fuerza de las cosas? Sí, hasta cierto punto, ya que los bolcheviques fueron forzados a actuar en violación de numerosas tradiciones y numerosos principios propios, para mantener el rumbo de la revolución. Sin embargo, a partir de un cierto momento, ellos justifica-

ron teóricamente su práctica, tendiendo a poner un signo de igual entre dictadura del proletariado y dictadura del partido. Tal pasaje al acto en la práctica teórica no podía más que influir de manera desastrosa sobre las concepciones dominantes en la joven Internacional comunista.

El ejercicio del poder en el único estado revolucionario que haya jamás existido de forma durable no sólo influyó sobre los principios estratégicos de los comunistas. También mostró, acentuándolas, las zonas inciertas de la teoría, tanto leninista como marxista. La visión simplificada de un proceso histórico entera e inmediatamente determinado por el antagonismo entre la burguesía y el proletariado no podía culminar más que en esquematizaciones. Lo mismo sucedió con la definición de la clase obrera por su conciencia de clase: en ciertos momentos del razonamiento se atribuye a los trabajadores una capacidad revolucionaria casi innata; en otros, constatando el «atraso de su conciencia», se confía al partido de vanguardia la tarea de encarnar el sentido de la historia. A partir de este hecho, la definición de una democracia renovada queda en el limbo: la crítica de los aspectos formales de la representación parlamentaria sirve como pretexto para un rechazo a la confrontación entre corrientes representativas de diversas capas del proletariado; la definición de un Estado cuyo estatuto burocrático sería cuestionado se mantiene como ampliamente abstracta.

No es difícil el encontrar, como origen de estas insuficiencias, una carencia más decisiva todavía: la ausencia de una teorización profunda de la especificidad de lo político, que depende, ella misma, de un silencio casi total sobre la naturaleza de las relaciones de dominación en todas las sociedades de clase. Estas relaciones, que se manifiestan en la vida cotidiana, particularmente bajo la forma de relaciones no igualitarias entre los sexos socialmente definidos, están en el origen de una jerarquía que se combina con las relaciones de explotación, sin confundirse con ellas. El no tener en cuenta esta autonomía, relativa pero activa, es condenarse a cerrar los ojos sobre los riesgos de ver renacer, hasta en las movilizaciones revolucionarias, formas de subordinación. Es desarmarse por adelantado ante el burocratismo y la burocracia.

La Internacional inconclusa

Hasta aquí no hemos tratado más que el primer período de la Internacional Comunista. Después de 1921 se produjo una mutación. El retroceso de las perspectivas revolucionarias en Europa es tenido en cuenta. Un nuevo acercamiento estratégico se afirmó en el tercer y cuarto congresos. Sin embargo, los primeros años fueron decisivos; los principios funda-

mentales de un movimiento comunista que sigue siendo revolucionario, fueron elaborados entonces. Las fuerzas y las debilidades de la teoría tomaron su forma en ese momento, que no sería nunca superado por completo. La reunión de todos estos factores explica por qué el giro de 1921-1922 va a mostrarse sin un verdadero futuro.

Los términos: nueva estrategia, giro... no son excesivos. A pesar del rechazo de una izquierda que se mantiene en la «ofensiva», la Tercera Internacional plantea la idea de «frente único», es decir de una alianza con la socialdemocracia a fin de (re)movilizar las masas. Pero este emprendimiento, por sus presupuestos, es radicalmente nuevo. Se funda primero que todo sobre el reconocimiento del hecho de que los partidos políticos, muy rápidamente enterrados en 1919, conservan, en muchos países importantes, una audiencia de masas. Esta constatación obliga no solamente a plantear una espera en la toma del poder revolucionario, sino que también hace necesario un análisis más fino de lo que es la clase obrera, su relación con la política, su «conciencia de clase». Surge entonces una nueva idea: es necesario encontrar formas de pasaje entre las preocupaciones actuales de los trabajadores y las necesidades de la toma del poder; son las «consignas de transición» que Trotsky retomará y sistematizará en su Programa de 1938. Finalmente, en la medida que existirán las condiciones de una autoorganización popular, es posible entreviver un gobierno de alianza; este «gobierno obrero», nacido al interior del sistema existente, tendría por tarea el desmantelar sus estructuras mediante una serie de medidas que, al cabo de un cierto plazo, desembocarían en la instalación de la dictadura del proletariado. No habría manera de decir más claramente que la transformación revolucionaria de la sociedad es un proceso en el cual la toma del poder es el punto de llegada y no el punto de partida.

Por supuesto, estas innovaciones plantean más problemas que los que resuelven. Exigen una profundización teórica, en la medida en que ellas muestran más una constatación empírica que una reflexión fundamental. No constituyen tampoco un nuevo punto de partida para un movimiento que, hasta entonces, ha sobre todo vulgarizado la experiencia, rica pero particular, de la Revolución de Octubre. Sin embargo, el debate estratégico terminará pronto. Se centrará casi únicamente sobre las modalidades del Frente Único: ¿es aceptable aliarse con la socialdemocracia? ¿Hay que practicar la unidad de acción en la base?, ¿en la cumbre?, ¿en ambas? Si es sí, ¿hasta qué límite? No es difícil de imaginar el grado de abstracción de la discusión así planteada y así llevada adelante.

Muy rápidamente, por lo tanto, la reflexión sobre el contenido de la revolución se detendrá, y no será seguida más que al margen de la Internacional, entre aquellos que la conducción oficial va a empujar hacia la oposición. Porque, y he ahí lo esencial, en algunos años el movimiento comunista y mundial va a ser sometido a las transformaciones que se desarrollaban en la URSS; la consolidación de la burocracia, preludio de la contrarrevolución de los años 30, transforma a los partidos comunistas en sostenedores de la cambiante política exterior del Estado soviético. Poner el acento sobre este proceso social obliga a tener en cuenta la ruptura que encarna el estalinismo en relación al leninismo. Pero toda ruptura con el pasado implica ciertos aspectos de continuidad. Toda derrota de un movimiento político de masas, si se la explica primero que todo por la evolución de las grandes relaciones de fuerza, encuentra también sus orígenes en las debilidades y los errores de los vencidos. En el caso de la Internacional Comunista, parece indiscutible que ciertos rasgos históricos del bolcheviquismo acentuaron tanto el desarraigo político del pueblo en el interior de la URSS, como la ausencia de autonomía creativa de la mayor parte de los partidos comunistas.

Esta es la lección principal que debemos extraer de la experiencia excepcional que encarnaron la revolución rusa y la Tercera Internacional en su período ascendente. Un partido mundial de la revolución no puede nacer bajo una forma hipercentralizada, sobre todo cuando depende de un estado (por más que sea «obrero»). Una estrategia unificada a escala internacional exige una visión de la sociedad —de las formas de dominación que son su basamento— que no debería limitarse a la reflexión sobre la toma del poder.

La Internacional Comunista no ha constituido más que un momento hacia el internacionalismo.

(*Traducción del francés: RC*).

Notas

¹ Así pensaba Rosa Luxemburgo, aunque ella discrepaba con Lenin sobre el momento de fundar la nueva Internacional.

² *Tesis, manifiestos y resoluciones políticas de los Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista*, Maspero, 1969, p. 34.

³ Es lo que hace François Furet en su último libro *El pasado de una ilusión*, 1995.

⁴ No se hace el psicoanálisis de nadie a partir solamente de los textos disponi-

bles y de los testimonios de sus contemporáneos. Las hipótesis que se pueden formular a partir de tales documentos dan a lo sumo indicios sobre las relaciones existentes entre la militancia revolucionaria y lo que Freud llamaba la «pulsión de la angustia». Lo que no es despreciable, pero no nos aclara nada sobre el curso de los acontecimientos revolucionarios.

⁵ El tema merecería un desarrollo más extenso. Me limitaré a subrayar que, a menos que se cambie el sentido de las palabras, es imposible hablar de *putsch* para caracterizar la acción de una organización política que, bajo esas consignas, conquistó la mayoría de la organización de masas más representativa: el Congreso de los soviets.

⁶ La mayoría de la población no creía en una guerra prolongada, como tampoco los dirigentes civiles y militares de los estados beligerantes.

⁷ Los «mercaderes de cañones», figuras casi míticas de entre las dos guerras, simbolizan adecuadamente a esos poderes misteriosos y temibles que deciden el destino del mundo. «Se cree morir por la Patria, hasta darse cuenta de que se muere por las cajas fuertes» (Anatole France).

⁸ Se podría objetar que el debate democrático haya existido desde el comienzo en la IC. No se puede negar que, por su intermedio, se realizó una comunicación de experiencias que, por si mismas, limitaron la extensión de las relaciones de dominación. Pero la vida de una organización no se limita a sus períodos de discusión general. La mayor parte del tiempo se consagra a la acción, ordinaria o extraordinaria, a la designación de responsables en todos los niveles, a la gestión, etc. Es ahí que nacen los hábitos de mando y de sumisión. Todo el problema del «centralismo democrático» y de sus deformaciones se sitúa al nivel de la vida cotidiana de los partidos.

⁹ Sobre este punto de vista, uno de los textos más interesantes es el informe presentado por Trotsky al III Congreso de la Internacional («Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista», 23 de junio de 1921).

¹⁰ Esto se inscribe, por otra parte, en una tradición del pensamiento marxista, que a su vez se alimenta en los aspectos contradictorios de la obra de Marx.

¹¹ Toda organización política funciona, en sus actividades corrientes, a partir de un cierto número de normas y de valores que representan un compromiso entre los objetivos globales fijados por sus dirigentes, y la mentalidad de sus cuadros y militantes. Por importantes que sean, las decisiones que vienen de la cumbre son, en los hechos, reinterpretadas al llegar a la base. Así nace esta ideología promedio que es conveniente auscultar para conocer la realidad de la organización.

¹² Esas tentativas no siempre nacieron de elementos jóvenes o sectarios. Fueron alentadas por iniciativas nacidas del propio Lenin. Siempre será poco la insistencia sobre las consecuencias nefastas de la expedición soviética sobre Polonia (1920) que popularizó la idea de que una intervención militar podía contribuir directamente a la revolución.